

# NECESIDAD DE UN CAMBIO FUNDAMENTAL EN LA UNIVERSIDAD DEL SIGLO XXI.

Juana MANJÓN RUIZ  
Universidad de Sevilla

En los albores del siglo XXI, muchos son los interrogantes que se nos plantean en todos los niveles, pero evidentemente una de las cuestiones más relevantes creo que puede ser y debe ser la EDUCACIÓN, pues de ella depende, en gran medida, el futuro personal y colectivo de los sujetos.

Siempre que nos ponemos a reflexionar corremos el riesgo de no ser realistas en las valoraciones, siempre hay algo que se escapa, algo que se ignora, algo que se saca fuera de contexto. Haré el esfuerzo de no caer en la simple especulación.

En este artículo, se pretende apuntar cual debe ser el cambio que la Universidad debe realizar para dar respuesta tanto al hombre como a la sociedad del futuro. Ni que decir tiene, que son muchos los logros conseguidos en la andadura universitaria, pero si se quiere hablar de calidad en la formación universitaria algunos pasos quedan todavía por dar.

## ALGUNAS CUESTIONES FUNDAMENTALES

La educación atraviesa por momentos de gran confusión a los que no sabe responder ni a nivel de finalidades ni metodológicamente hablando. La crisis de valores influye en la crisis de la educación y a su vez, la crisis de la educación fomenta la crisis de valores. Como consecuencia de ello se plantea el problema no de la pluralidad –en cuanto a las distintas concepciones de hombre– sino el de la confusión en cuanto a la definición del hombre. Qué es el hombre, o qué es ser hombre quizás sea hoy día una de las cuestiones más difíciles de responder.

Quizás el conflicto haya surgido porque como afirma BERTALANFFY (1974:73), “los tradicionales **códigos éticos** enuncian las normas del comportamiento individual, pero no el de los complejos sistemas sociales que han surgido”.

NAUD y MORIN (1979) señalan como característica de nuestro mundo actual el abandono de la educación en **valores**. Desde mi perspectiva no es tanto el problema de la transmisión de los valores en sí, sino más bien de si se transmiten o no los valores adecuados a la época que se vive. Quizás ocurra, como dice BERTALANFFY (1974), que el sistema de valores adecuado a nuestra época aún no ha sido determinado, aún no ha sido formado.

Lo material resulta innegablemente positivo en tanto que una nube de incertidumbre se cierne sobre lo más auténticamente humano.

Sin duda, el impacto se acusa especialmente en el campo axiológico con la pérdida profunda de valores permanentes y la aparición de valores emergentes utilitarios, en su mayor parte. Ello crea complejos interrogantes internos y suscita reflexiones éticas con incidencia en la

humanización o deshumanización y en los valores utilitarios, cuya orientación pretende producir necesidades más que satisfacerlas.

Se vislumbra, por tanto, una emergente imagen del hombre, especialmente, en el campo de la tecnología de la que participa y padece él mismo. Algunos hablan ya del cibernántropo o de la simbiosis con la máquina, con sus innegables valores: flexibilidad, estabilidad, equilibrio, relación y comunicación. En la nueva imagen humana otros valores diferentes a los tradicionales: eficacia, adaptación, valores utilitarios y vitales especialmente, junto a otros de carácter espiritual.

Por otro lado también, como afirma BERTALANFFY (1974:74), “nunca se ha visto un individuo tan atado, tan dominado, tan dirigido en el campo de sus más íntimas actividades por fuerzas sociales impersonales y por ello frecuentemente inhumanas”. Si a ello se le une —como ya se viene denunciando— la falta de referencias básicas axiológicas que ayudan al hombre a decidir, ante la invasión informativa que soporta diariamente y la crisis general que se vive en la cuestión se complica ostensiblemente. Existe una invasión de información sobre la persona que le posibilita múltiples opciones sobre cualquier suceso; donde se producen situaciones con fuertes repercusiones sociales y personales como la ingeniería genética, la eutanasia, la energía atómica (...) el hombre en general, y el joven en particular, se encuentran con graves conflictos personales y con necesidad de adoptar decisiones para las que no están preparados. En este mismo sentido, más adelante añade “deben elegir entre opciones diferenciadas, muchas veces contrarias que las distintas fuerzas políticas y sociales les presentan; el abanico de valores, que soporta las distintas alternativas, es tan amplio y dispar que quizás el gran problema del hombre del futuro sea la imposibilidad de decidir”.

Desde nuestra perspectiva el problema que apunta ESCÁMEZ para el hombre del futuro está ya quizás dando sus primeros atisbos de existencia. La persona se encuentra ya con bastantes dificultades para realizar una elección, tomar una decisión o tomar postura ante los diversos sucesos o dilemas que se le plantean casi diariamente. Entre otras cuestiones ni tiene tiempo ni tiene los suficientes elementos de referencia como para hacerlo de forma consciente y madura. Tal vez por esto sea por lo que está tan extendido, considerado y “tan de moda” el relativismo. Un relativismo —en muchos casos— mal entendido con el que se pretende justificar o dar por válido todo aquello que no podemos asimilar o entender. Así lo expresa MARÍN IBÁÑEZ (1981:65), “lo más popular es acogerse, ante esa multiplicidad y cambio desconcertante y aún contradictorio, a un cómodo relativismo axiológico, que aunque no bien definido parece logra un general asentimiento”. Según él no puede hablarse de valor o los valores en sentido objetivo. Sólo hay valoraciones o preferencias más o menos generalizadas, sin justificación última posible.

No es ya extraño ver o experimentar, que cada vez es más difícil tomar posturas claras o definir posiciones, mantener una coherencia en las actuaciones. Cada vez existen mayores dificultades para distinguir entre el bien y el mal. Si todo es relativo, si todo es válido, nada es negativo entonces ser hombre será ser cualquier cosa. Pero en el campo de los relativismos la condición humana no puede ser relativa o relativizada. El hombre no puede perder su protagonismo de su historia y de la historia del mundo.

Como afirma TOURIÑAN (1977:84-85), “si el hombre no nace con una inserción preestablecida en una forma concreta de hacerse —hecho incontrovertible porque no todos tenemos que ser lo mismo en la vida— y tiene que crearse su plan de vida, se infiere que sólo decidiría realizarse de un modo específico, cuando su capacidad le permita descubrir el valor de esa forma concreta de hacerse. Pero además como el hombre no nace perfecto, ni alcanza la perfección

de sus capacidades de forma espontánea, se sigue que no se podrá elegir rectamente mientras que la educación no ponga los medios adecuados para formar su capacidad de elección”. De las palabras de este autor puede deducirse fácilmente la importancia que tiene que la norma colectiva e individual, los códigos éticos, la estructura moral, etc. queden definidas correctamente o al menos dibujadas con claridad. La persona para hacerse ha de tener su “espacio”. Espacio que –aunque esencialmente referente a un sistema axiológico– no tiene porqué ser estático o rígido, puede y debe variar de una sociedad a otra, o de un contexto a otro dentro de una misma sociedad. Lo que no puede ser es que en los momentos de cambio se pierdan en el proceso las cuestiones o los valores más esenciales del hombre.

## **LA FORMACIÓN EN VALORES: UN RETO PARA LA UNIVERSIDAD DEL FUTURO**

Pues bien, en palabras de ESCÁMEZ (1986:17), “las instituciones educativas, especialmente la escuela, deben plantearse, en una época de confusión valoral, ayudar a los jóvenes a identificar y clarificar sus propios valores para que tomen decisiones auténticamente suyas”. En este mismo sentido, FAURE (1973) y BOTKIN y otros (1979), afirman que éste sería el gran reto de la educación y de las escuelas de nuestro tiempo.

Tanto en las palabras de ESCÁMEZ como en las de FAURE y BOTKIN se observan que ponen el mayor énfasis en que la formación en valores ha de realizarse fundamentalmente en la escuela –cuestión con la que me muestro totalmente de acuerdo– pero ¿se niega con ello que esta tarea educativa no sea también tarea universitaria?. Yo creo que no.

“La **institución universitaria** es usada, en la actualidad por propósitos complejos y difusos, además de la obtención de un título superior (...), unos creen encontrar en esta enseñanza el modo de ascender socialmente; otros, entretener el tiempo hasta encontrar trabajo; para otros, las aulas (y, sobre todo, los pasillos y bares) pueden actuar como un buen espacio donde establecer relaciones humanas, hacer amistades, lograr pareja o paliar el aislamiento humano derivado de una sociedad regida bajo los patrones del individualismo humano” (GARCÍA LEÓN y GARCÍA DE CORTAZAR, 1992:94).

Quizás por toda esta situación, en la que no se acude a la Universidad por motivos exclusivamente de aprendizaje, sea por lo que los profesores se han ceñido más a la formación científico-profesional que a otros aspectos de la formación humana. Es fácil escuchar a profesores decir que no entienden a los universitarios de hoy, que sólo les preocupa el aprobado.

En general, puede decirse que el descontento es generalizado, ni los alumnos viven con entusiasmo estos años universitarios, ni muchos de los profesores se encuentran a gusto con la labor que consiguen. Por todo ello, se ha empezado a hablar de la necesidad de calidad de la enseñanza universitaria.

Y aquí es donde creo que hay que detenerse y preguntarse ¿en qué términos podemos plantear esa calidad?, evidentemente muchos son los medios y los conocimientos con los que actualmente se cuenta, pero ¿qué es lo que falla?. MANJÓN (1905:26), en su conferencia de inauguración de la universidad de Granada, advertía que “entre las raíces de la ineficacia de la Universidad estaba el que se dedicara a formar ideas y no corazones”. O ya más cercano en el tiempo, cuando SCHELER (1959:351), hablando de la juventud universitaria decía: “ricos en saber pero pobres en capacidad para tomas de posición”. IBÁÑEZ MARTÍN (1985: 336), concreta un poco más

y señala “la necesidad de tener en cuenta, también en la Universidad, la formación ética y humana de los alumnos”.

Es innegable que vivimos una época muy caracterizada por la obsesión de la eficacia en la producción y para ambas cosas se necesitan buenos profesionales y, lógicamente, la Universidad –entre otras instituciones– sería la encargada de formar esos “buenos profesionales”, al menos de rango superior, pero... ¿queda reducida a esta tarea fundamentalmente la función social de la Universidad?

Coincido con ESCOTET (1990:215), en que en el fondo, en la actualidad “la misión de la Universidad, y en cierto modo del sistema educativo, ha quedado reducida a una acción de entrenamiento profesional, legítima, pero insuficiente, y en una buena parte de los casos, con más problemas que soluciones”, como por ejemplo: masificación, despersonalización, lugar de información de datos, falta de motivación, etc.

Ante la compleja situación universitaria, los nuevos planes de estudio ¿contribuyen a conseguir esa calidad de enseñanza anteriormente planteada?, es decir, ¿contribuye la reforma universitaria a la formación de la persona además de la del profesional?. Desde mi perspectiva creo que no demasiado. Lo más característico de esta última reforma universitaria, en la práctica diaria, es el aumento del número de asignaturas que hace que el estudiante se encuentre embuido con una amalgama de datos con los que no sabe que hacer, de tal modo es imposible que el estudiante aprenda en efecto y realmente lo que se pretende enseñarle. Y si tanto el estudiante como el profesor se encuentran sobredimensionados con los datos ¿dónde queda espacio y tiempo para otras cuestiones? ¿se consigue sólo mediante la transmisión de conocimiento un buen profesional?

La misma idea o prototipo de cada profesión –lo que es ser buen médico, juez, abogado o profesor– no está hoy dibujado en la mente pública, ni nadie se ocupa de estudiarlo y fijarlo. En palabras de ORTEGA Y GASSET (1992:37), “estos son hoy los nuevos bárbaros, más sabios que nunca, pero más incultos también”.

Para LÓPEZ CALERA (1990:20), “la Universidad tiene que hacer algo más que dar títulos a los profesionales. Debe colaborar a reflexionar críticamente sobre los objetivos y el alcance de los nuevos adelantos científicos y técnicos” y “debe ser pensada y realizada como consecuencia de un diálogo social sobre lo que debe ser el hombre, la sociedad y la cultura en un tiempo determinado. La gran barbaridad histórica de la política educativa dominante ha sido dejarse llevar por las imperiosas exigencias de las leyes del mercado”. Por tanto coincido con este autor en que tener una buena universidad no se reduce sólo a cuestiones organizativas y económicas, sino simplemente de objetivos profesionales influidos en mayor o menor grado por las exigencias del mercado. Quizás el verdadero problema de la Universidad de nuestro tiempo es que cuenta con grandes medios pero no tiene claros sus objetivos.

La sociedad del siglo XXI, necesita “una Universidad, unos saberes y una investigación que sepan realmente adónde quieren ir. Lo que no tiene sentido es enseñar, investigar, aprender o obtener títulos profesionales sólo para insertarse en unos engranajes de producción que nadie sabe adónde van, en dónde pueden terminar” (LÓPEZ GALERA, 1990:22).

¿Se puede conseguir esto sin plantear valores?. Pienso que no. La educación universitaria en el tercer milenio no debe dejar relegado a la arbitrariedad la formación en valores. Si se quiere –y especificando más aún– tiene un deber social ineludible: transmitir los valores profesionales o la ética profesional, ética que en la actualidad, a veces, destaca más por su escasez que por su presencia.

El progreso industrial, los esquemas económicos que quieren hacer de la investigación y de la Universidad la locomotora del desarrollo, constituyen un factor al que inexorablemente ha de atender la Universidad. Y sin embargo, la Universidad no debe ni puede renunciar a contribuir al descubrimiento de los valores (GALINO, 1990:60). El desarrollo económico es importante cuando no se absolutiza, debe ser un objetivo atendible, entre otros, el descubrimiento y promoción de los grandes valores éticos. Como afirma esta autora “sin ellos, los modelos de desarrollo economicista adoptados hasta ahora en occidente seguirán conculcando a gran escala el primero de los derechos del hombre, que es el derecho a la vida, y amenazando seriamente la supervivencia colectiva”.

Los valores, en este nivel de enseñanza, no deben darse por supuestos y por acabada este tipo de formación, sería como admitir que la formación humana tiene límites. Pienso que desde su propio espacio, la Universidad en el tercer milenio tiene que ser portadora de las exigencias esenciales de la conducta humana. Debe estar atenta a los valores humanos que deberían acompañar a la sociedad emergente.

Es cuestión ya consensuada que la crisis que se vive socialmente es, en último análisis, la crisis de los valores éticos individuales y colectivos. Si la Universidad quiere poder intervenir en la vida social, no debe ser entonces ajena a su misión la transmisión de valores. En palabras de GALINO (1990:61), “no se trata de funciones secundarias de su misión. No lo fueron cuando la Universidad tuvo una palabra que decir en la vida social. Cuando asumió el ser una voz activa acerca de las nuevas cuestiones que agitaban al mundo. Su silencio ha creado y sigue creando un vacío de liderazgo en la opinión pública, como denunciaba ya Ortega hace cincuenta años. Porque la Universidad figuró entre las que un politólogo americano ha denominado recientemente 'instituciones encargadas de fijar los valores'”.

La Universidad del futuro tiene que asumir nuevas obligaciones sociales como consecuencia de la progresiva independencia que se está desarrollando en todos los órdenes de la vida moderna. Debe plantearse objetivos encaminados a un replanteamiento moral y ético de las aspiraciones tanto individuales como sociales. Su acción debe ir encaminada a proporcionar recursos suficientes para que la persona profundice en el largo y difícil camino de la conquista de su propia coherencia existencial. “La Universidad por su naturaleza, está en condiciones de cooperar al logro de esta tarea, sobre todo ofreciendo una sólida formación humana, que no se limite a formar profesionales y especialistas, sino sobre todo hombres y mujeres cabales” GALINO (1990:62).

La Universidad tiene que recuperar su identidad. No puede ser –como a veces lo parece– un instituto cualificado de alta formación profesional. Porque podría decirse que si la Universidad no forma a las personas no cumpliría con su deber social, por tanto se convertiría como decía ORTEGA “en un puro y constitucional abuso”.

## BIBLIOGRAFÍA

- BERTALANFFY, L. (1974): *Robot, hombres y mentes*. Ed. Guadarrama, Madrid.
- BOTKIN, S. y otros (1979): *Aprender horizontes sin límites*, Santillana, Aula XXI, Madrid.
- ESCÁMEZ SÁNCHEZ, J. (1986): “Los valores en la Pedagogía de la intervención”, En *Conceptos y propuestas III*, Papers d'educació, Nau Llibres, pp. 29-48, Valencia.
- ESCOTET, M. A. (1990): “Visión de la Universidad del siglo XXI: didáctica de la misión universitari en una era de cambios”, *Revista Española de Pedagogía*, nº 186, pp. 211-228.
- FAURE, E y otros (1973): *Aprender a ser*, UNESCO, Alianza editorial, Madrid.
- GALINO, M. A. (1990): “Misión de la Universidad”, en VARIOS: *La función social de la Universidad*, (Jornadas Universidad para los 90), Madrid, Narcea.
- GARCÍA LEÓN, M.A. y GARCÍA CORTAZAR, M. (1994): “Universidades universitarios (1970-1990)” *Revista de Educación*, nº extraord. pp. 89-108.
- IBÁÑEZ MARTÍN, J. A. (1985): “Formación y estilo universitario”. *Revista Española de Pedagogía* Año XLIII, nº 169-170, julio-diciembre.
- LÓPEZ CALERA, N. (1990): “Entorno a la Universidad”, en VARIOS: *La función social de la Universidad, I* (Jornadas Universidad para los 90), Madrid, Narcea.
- MANJÓN, A. (1905): *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1859 en la Universidad Literaria de Granada*, Ed. Imprenta Escuela del Ave María. Granada.
- MARÍN IBÁÑEZ, R. (1981): “Los valores fundamento de la educación”, en CASTILLEJO y otros: *Teoría de la Educación*, Anaya, pp. 65-85, Madrid.
- NAVARRO ABARZUA, I (1985): *los valores y la educación*. Cuadernos CIPIE, nº 13, Madrid.
- NAUD, A. y MORIN, L. (1979): *L'école et les valeurs*. Conseil supérieur de L'education, Quebec.
- NÚÑEZ CUBERO, L. (1986): *La educación construible. Bases para una teoría dinámica de la educación* Ed. Universidad de Sevilla.
- ORTEGA Y GASSET (1992): “Misión de la Universidad”, *Revista de Occidente*, Tomo VI, Madrid.
- SCHELER, M. (1959): “Universidad y Universidad popular”, En VARIOS: *La idea de la Universidad en Alemania*, Sudamericana, Buenos Aires.
- TOURINÁN LÓPEZ, J.M. (1977): “La estimación personal del valor y su sentido pedagógico”, *Rev. de Ciencias de la Educación*, nº 23, pp. 276-280.